



El control de la violencia en el fútbol y el restablecimiento del orden en una escenario ficticio de expresión emocional

Daniela Cardona Londoño.
danielacardonalondono@gmail.com

Resumen

Entendiendo el fútbol como un fenómeno en el que se conjugan muchos factores propios de una sociedad desarrollo el presente ensayo, que tiene como objetivo principal exponer la relación que existe entre el estadio de fútbol y sus alrededores con el control que ejercen los entes estatales sobre el comportamiento y las dinámicas en las relaciones sociales propias de este espacio. El propósito es evidenciar cómo las organizaciones nacionales e internacionales que gobiernan y reglamentan el universo práctico -e incluso simbólico- del fútbol logran establecer claros comportamientos encaminados al control y homogenización de los cuerpos y, de igual forma, pretendo

Palabras claves: cultura material, Museo Madre Laura, Shuar, Tsansas, momificación, cabezas reducidas.

contrastar muy someramente cómo las hinchadas, receptoras directas de estas reglas, las asumen.

El uso del estadio como una estrategia de biopoder creada y ejercida por los organismos gubernamentales y las entidades asociadas a ellos ha sido planteado por varios autores que han fijado su atención en la influencia del deporte en la cultura y el moldeamiento de los individuos.

Entre estos encontramos el amplio trabajo que Norbert Elías y Eric Dunning desarrollaron en su texto *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (1992), y en el cual sugieren la creación del fútbol, y en especial del escenario deportivo, como una maniobra estructurada por el estado con el fin de ejercer el control y pacificar la sociedad. De igual forma tenemos a Pierre Bourdieu que en su texto *Sociología y Cultura* (1990) entiende la creación de los deportes como una necesidad estatal de mantener ocupadas a las personas y de construir espacios en los cuales éstas puedan ser vigiladas de una manera más fácil.

Vale aclarar que no sólo el fútbol y su campo de juego, incluyendo tribunas, son entendidas desde la perspectiva del estado, pues también es oportuno mostrar el estadio como un espacio de ritual, en el que según Elías y Dunning (1992), las personas encuentran la oportunidad de

expresar lo que no pueden en sus lugares más cotidianos: saltar, gritar,

abrazar a quienes están a su lado, en fin, pues éste se convierte en un escenario ficticio –construido y aprobado por el colectivo social- en el que la excitación y las emociones suscitadas por el juego resultarían irritantes en situaciones de la vida diaria. Así pues el hecho de que dicho espacio brinde esas posibilidades de evidenciar múltiples emociones señaladas negativas o perjudiciales en otro tipo de escenarios, hace que el fútbol se manifieste como una parte importante de las relaciones sociales pues desde y por él se enlazan muchos aspectos, ligados a lo económico, lo político y, principalmente, a lo cultural, lo que implica que éste se convierta en “[...] un “drama social”, un juego a partir del cual se expresan códigos, valores y actitudes que se relacionan con esferas más amplias de la sociedad” (Angelotti, 2010: 213).

Este deporte consigue llegar a un punto en el que ya no es sólo un escenario deportivo que cuenta con jugadores y espectadores, sino que pasa a ser también “[...] una práctica cotidiana de miles de personas de las clases populares, antes y ahora, que asisten a las canchas, escuchan o ven los partidos y leen las revistas especializadas. El fútbol forma parte del repertorio de elementos culturales valorados como propios por esas personas” (Conde, 2008:129), y es justo por esta razón que quiero entrar a cuestionar la forma en la que el

poder trata de controlar esas formas diversas de ver el mundo en el espacio en el que todas éstas se reflejan y relacionan, es decir, el estadio. De igual manera entro a cuestionar, aunque de forma muy sucinta, las reacciones y percepciones de esos individuos que son controlados.

Cuando hablo del estadio no me refiero sólo al espacio en el que se juega el partido, sino también a sus alrededores y sus posibles puntos de influencia, y es por ello que los dispositivos de control que desglosaré a lo largo del texto, comienzan a ser ejecutados en las adyacencias al estadio, en mayor medida en los puntos de mayor congestión y concurrencia de espectadores. Como ejemplo concreto de este argumento quiero ubicarme en el Estadio Atanasio Girardot, ubicado en la ciudad de Medellín, pues es éste mi punto de observación, tanto como antropóloga en formación y como hincha. Allí el control desarrollado por el estado se da desde diferentes puntos, entre ellos, El Centro Comercial Obelisco, la 70, la salida de las estaciones Estadio y Floresta del Metro y la Avenida Colombia. En ellos varios escuadrones del ESMAD son ubicados desde aproximadamente dos horas antes del inicio de los partidos con el fin de mantener el orden y cuidar los bienes públicos.

Con el propósito de controlar a todos

aquellos que asisten a los estadios los responsables de la ley y el orden “[...] han combatido incansable y amargamente contra el estallido de la emoción de los individuos y, sobre todo, de los grupos, pues esto supone una grave alteración del orden social” (Elías & Dunning, 1992: 115) y esos responsables de la ley en el fútbol están representados por un ente común encargado de dirigir todas sus acciones. La *Fédération Internationale de Football Association –FIFA-* ha diseñado diferentes planes para eliminar la violencia en los estadios, y lo ha hecho a través de manuales que van desde la construcción y el diseño mismo del espacio, hasta las normas de seguridad y vigilancia que éste debe tener, y son precisamente dichos manuales junto con las narraciones de diferentes simpatizantes del deporte los que me están permitiendo visualizar de manera contextual lo que Michael Foucault denominó Biopoder: “El conjunto de mecanismos por medio de los cuales aquello que, en la especie humana, constituye sus rasgos biológicos fundamentales podrá ser parte de una política, una estrategia política o una estrategia general de poder [...]” (2006: 15).

Entre los requisitos asignados por FIFA en uno de sus manuales, encontramos que todos los estadios deben tener una Sala de control de seguridad, que a su vez debe tener

una vista general del interior del estadio y debe estar equipada con instalaciones de comunicación al público, así como con monitores de vigilancia por circuito cerrado.

Las dimensiones, la configuración y el mobiliario de la sala de control deberán determinarse tras consultar con las autoridades policiales locales.

El comandante del estadio deberá estar en condición de interrumpir o anular el sistema de comunicaciones al público en caso necesario. El procedimiento utilizado en caso de arrestos, detenciones preventivas o acusación de infractores puede diferir de un país a otro, o incluso de una ciudad a otra, de modo que los diseñadores de estadios deberán consultar a las autoridades civiles y policiales locales para determinar si es necesario incluir en la planificación instalaciones tales como sala de reunión para la policía, un cuarto para detenciones o celdas de arresto para detenidos masculinos y femeninos en el propio estadio (FIFA, 2007: 41).

Además de contar con esta sala de completa vigilancia y control cada estadio debe tener un sistema de vigilancia vía circuito cerrado, que permita tener cámaras de televisión a color al interior y al exterior, y que tengan posibilidad de rotación y oscilación, pues así es posible tener vigilados todos los sectores en

los que se encuentre el público asistente. Es importante anotar que todos los monitores deben contar con un dispositivo para tomar fotografías individuales pues así se da la posibilidad de judicializar con pruebas contundentes a quienes infrinjan la ley (FIFA, 2007).

De igual manera, los estadios también deben tener en orden cada uno de sus puntos de control del público, de salidas, de torniquetes, las áreas de actividades, los accesos en los perímetros del estadio y las zonas de acceso restringido. FIFA no sólo reglamenta los estadios con relación a los espacios físicos sino que también exige las características, funciones y número del personal de seguridad, pues sin duda, es necesario mantener un control no sólo desde las cámaras sino también físico y material que pueda ser visto y respetado por los espectadores. Según esta organización, el cuerpo de seguridad debe estar compuesto por un oficial nacional de seguridad, que debe ser una persona con experiencias en la policía, en cuerpos de vigilancia y con las autoridades públicas; debe contar de igual forma con un Asesor sénior nacional de seguridad, que “[...] es el responsable de orientar y asesorar sobre todas las cuestiones relacionadas con el terrorismo” (FIFA, 2011: 24). Y sumado a estos dos debe tener también un Oficial de seguridad para cada estadio que se

encargará de efectuar las evaluaciones de riesgo para todos los partidos. Estas evaluaciones son algo que llaman en gran medida mi atención, pues son en sí mismas el cuerpo total del control, la vigilancia y el poder disciplinario, ya que contienen toda la información sobre riesgos, cifras, características, tiempos y un sinfín de aspectos más relacionados con el comportamiento y la asistencia al partido de fútbol. Entre los datos que debe contener dichas evaluaciones se encuentran [...] las tensiones políticas nacionales o locales o entre las aficiones de los equipos; las amenazas terroristas reconocidas por las autoridades locales y nacionales; la probabilidad de que lleguen al estadio aficionados sin entradas o el número de entradas falsificadas que cabe esperar; los aficionados conocidos por utilizar material pirotécnico u cualquier otro objeto peligroso, incluidos los punteros láser; posibilidad de lenguaje, pancartas o comportamientos racistas o agresivos; el comportamiento previsible del público, inclusive la probabilidad de una invasión de campo, de actos violentos o de que algunos espectadores permanezcan de pie en los sectores de asientos [...] (FIFA: 2011: 20-21).

Además de estas 3 figuras representativas de seguridad (Oficial nacional de seguridad, Asesor sénior nacional de seguridad, Oficial de seguridad para cada estadio) la

Federación también recomienda contar con un miembro del cuerpo auxiliar de seguridad por cada 100 espectadores para un partido de bajo riesgo, y también con personal especializado para las zonas de espectadores con discapacidad, niños o invitados especiales.

Como un ejemplo claro y materializado de estas recomendaciones FIFA sobre los sistemas de seguridad y vigilancia en los estadios, encontré un informe de INDRA -una Compañía global de tecnología, innovación y talento- en el que se da cuenta de nuevas tecnologías utilizadas en la construcción de estadios modernos en Hungría y en el que la empresa constructora plantea que una de las principales aportaciones del sistema de vigilancia tiene que ver con “[...] la conexión del sistema con las bases de datos de la policía para controlar que las personas incluidas en listas negras no puedan acceder a la compra de entradas y, posteriormente, a los estadios” (INDRA, s.f.: 1).

Tratando de analizar la situación desde diferentes perspectivas, pues no quiero quedarme sólo en las formas en las que ejerce el control a partir de la vigilancia y cómo los hinchas las asumen, quiero indagar también por las razones por las cuales lo hacen y por las otras formas de control que no son ejercidas a través de la fuerza. Y para ello me remito

a Deleuze y su texto *Post-scriptum sobre las sociedades de control*, pues en él el autor plantea que “Ahora, el instrumento de control social es el marketing, y en él se forma la raza descarada de nuestros dueños. El control se ejerce a corto plazo y mediante una rotación rápida [...] El hombre ya no está encerrado sino endeudado” (1999: 8), y este suceso es estudiado por una Organización Argentina llamada *Salvemos al Fútbol*, que en uno de sus artículos habla de que además del modelo de gestión de seguridad de vigilancia y fuerza policial, también existe un modelo de hinchas consumidores, que apunta hacia la construcción de un tipo de hincha que se vincule más al prototipo de consumidor que al de fanático del fútbol tradicional, pues así se logra que al tener una amplia oferta de mercado y accesorios de sus equipos para distraerse, se comporten de manera menos violenta. Ésta, centrándome en el contexto de Medellín, en el Estadio Atanasio Girardot, es una estrategia ampliamente divulgada y además funcional: “El consumo es el mecanismo de regulación de las prácticas de los hinchas. Más consumo, menos violencia: así la ecuación está cerrada. Los estadios alemanes están poblados de consumidores, que es un sujeto social menos pasional y por ende menos conflictivo” (SAF: 2013: 3).

Está claro que además de ese modelo de hincha consumidor, también hay un modelo diseñado para aquellos sujetos que se resisten a esta lógica mercantilista, y es precisamente ese modelo el que exige un amplio montaje de dispositivos de vigilancia permanente y la amenaza constante del uso de la fuerza policial. Para los hinchas que se consideran potencialmente violentos hay unos dispositivos de custodia y diferentes mecanismos que buscan prevenir, contener y sofocar situaciones de violencia (SAF, 2013: 2), aunque en la realidad sean estos mismos los que en múltiples ocasiones las generan. Este modelo de hincha es llamado hinchas peligrosos y consiste sobre todo en una militarización del espacio del estadio y sus alrededores.

Aún con un amplísimo equipo de militarización las acciones violentas que se relacionan con el fútbol se dan y continúan dándose tanto dentro como fuera de las canchas y entre las múltiples razones para que esto ocurra, se encuentran el consumo de alcohol, el sentimiento afiebrado de los hinchas hacia el equipo, las discordias que se generan desde el campo de juego, el gusto de algunos fanáticos por pelear y destruir, la distribución espacial del estadio o el resentimiento social de los aficionados (Ortega, s.f.: 51). Y sumado a éstas encontramos una que resulta ser un argumento común

entre muchos asistentes al estadio, principalmente entre barristas, y es la presencia misma de la policía y de las cámaras de seguridad. Para Daniela Jiménez, una hincha muy cercana a una de las Barras del Deportivo Independiente Medellín, la policía [...] sirve para generar peleas en los estadios. Si esa gente no estuviera ahí, nunca habría peleas. Los policías incitan a la violencia porque a la gente le gusta desafiar la autoridad, y más a quienes están en las barras. [...] a ellos no les gusta sentirse controlados ni que les digan cómo tienen que hacer las cosas, si ellos vienen al estadio es porque les gusta ser como ellos son siempre. Es que mire que con la policía pasa esto: cuando hay clásico a unos los ubican en la norte y a otros en sur, y pues ellos también son hinchas de alguno de los dos equipos, entonces si al que es sureño lo mandan pa' norte, él va a tirar pullas y va a decir cosas disimulado, ¿si me entiende? Y lo mismo al que mandan pa' sur y es hincha del rojo.

[...] con esas cámaras es mucho el control porque uno ya no puede tirar nada a la cancha, si usted lo hace, en el estadio saben que fue usted y lo sancionan, y eso da mucha rabia, ¿es que a quien le gusta que a uno lo controlen? Por eso pelea uno con los papás

Además la policía en el estadio termina siendo muy inútil para lo que

los ponen, es que ya las peleas no son adentro, eso se encuentran afuera, se citan desde antes y pues arman los bonches, pero ahí adentro, usted ve que no pasa nada [...]1

Así como Daniela observa esta situación, lo hacen muchas personas más que frecuentan el estadio todos los fines de semana e incluso en semana, y que aún sin ser barristas o ser cercanos a ellos, se dan cuenta que uno de los principales motivos para que la gente exprese sus emociones de rabia en el estadio –mediante cánticos, avalanchas, golpes a las entradas–, es la presencia policial. Si esto es así, ¿por qué entonces los entes gubernamentales insisten en imponer sus soluciones que evidentemente ya no resultan funcionales para disminuir la violencia relacionada con el fútbol?

Con relación a lo que cuenta Daniela de que los disturbios ya no se presentan dentro del estadio sino que los asistentes al fútbol –violentos y no violentos– se toman la ciudad, cabe decir que el partido comienza en los barrios, en las tiendas, en los bares, luego pasa a los medios de transporte donde los hinchas se encuentran y cantan a su equipo y se apropian casi que completamente de los buses, los trenes del metro y los colectivos [por este tipo de comportamientos el Metro de Medellín en el último año limita su servicio y, cuando hay clásico,

no presta servicio comercial en las estaciones cercanas al Estadio], y por último llega a las afueras del espacio ritual futbolero donde confluyen y se unen para apoyar al equipo que los une e identifica (Ortega, s.f.: 56), y es por esta razón que la necesidad de control y normalización trasciende el estadio, pues tal como se da el comportamiento durante el partido de fútbol, se da antes y después de él, afectando así la vida social y familiar en sus diferentes esferas.

A mi parecer es valioso anotar que en Medellín, por ejemplo, los días de clásico, no dejan transmitir partidos en los locales cercanos a la Unidad Deportiva y menos vender bebidas embriagantes. 1 Entrevista realizada el 07 de marzo de 2015, por Daniela Cardona Londoño.

Este hecho sin duda modifica las dinámicas económicas de una buena parte de la ciudad que, aunque muchas veces no lo desee, pasa a tener un papel activo en sucesos relacionados con el deporte.

Para terminar quiero hacer referencia a los alcances que ha tomado la violencia relacionada con el fútbol en diferentes países y con esto quiero remitirme directamente al hecho de que Argentina, México y varios países ingleses se haya y se esté modificando el código penal, dictando así que cometer un acto violento implica un

delito federal que lleva a la cárcel y que incurre en el condicionamiento del uso de la libertad de cada individuo:

Esta situación ha llevado al gobierno federal en Argentina a tomar cartas en el asunto y con base en los artículos 79 al 88 del código penal las autoridades pueden enjuiciar a la gente que cometa actos violentos y prohibir la entrada de por vida a los estadios a estas personas. Desde hace algunos años los jueces federales tienen el poder de suspender los partidos o reubicarlos en caso de que el equipo local no ofrezca las condiciones de seguridad suficientes para proteger a la población asistente al espectáculo” (Omaña, 2007: 9).

Estas medidas disciplinarias implican que haya una individualización del castigo, y que cuando no se logre identificar al culpable, lo que resuelven es prohibir la entrada de banderas, camisetas o accesorios alusivos al equipo al público en general, incluso en muchas ocasiones lo que decide el Comité de Seguridad, comodidad y convivencia en el fútbol es cerrar el estadio y no permitir la entrada de ningún espectador. ¿Es de verdad esta estrategia funcional para disminuir la violencia? Reitero la pregunta porque me parece importante insistir e indagar por esas diferentes formas en las que se entienden los contextos y en las que el estado y los hinchas del fútbol se contraponen desde sus

experiencias e interpretaciones con relación al fenómeno violento en el fútbol.

manuales, planes o directrices de infraestructura y seguridad en los estadios.

Consideraciones finales

Las visiones disímiles de todas las partes involucradas en el esfuerzo por reducir e incluso eliminar los hechos violentos en el deporte están encontrando puntos muy fuertes de discrepancia que lo único que siguen logrando es que las instituciones del estado impongan sus propias medidas ignorando las posibles consecuencias y apuntándole a aquellas imaginadas y, casi que inventadas, por ellas.

Pienso que hasta que los entes gubernamentales que están ideándose mecanismos para reducir la violencia no comiencen a trabajar de la mano con la gente que va al estadio, con los barristas, con los que han sido judicializados por cometer actos que llaman vandálicos y en general, con las personas que sí viven de forma directa las dinámicas propias del estadio y sus alrededores –y que además también están participando de procesos alternativos que tienen el mismo propósito- sólo va a continuar alimentándose ese círculo vicioso en el que policías e hinchas se culpan uno al otro por ser causa directa de los sucesos violentos, y esto seguirá ocurriendo así FIFA, CONCACAF, CONMEBOL o UEFA realicen

Bibliografía

Angelotti Pasteur, G. (2010). El estudio del fútbol. ¿Un ámbito periférico para la antropología en México? *Revista de Antropología Experimental*, 10. Retrieved from <http://bit.ly/1HLJdZM>

Bourdieu, P. (1990). *Sociología y Cultura*. Grijalbo S.A.

Conde, M. (n.d.). El poder de la razón: Las mujeres en el fútbol. *Revista Nueva Sociedad*, 218. Retrieved from <http://bit.ly/1zvceSy>

Deleuze, G. (1999). Post-scriptum sobre las sociedades de control. *Conversaciones 1972-1990*, 277–283. Retrieved from <http://bit.ly/1emsGZ3>

Elias, N., & Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de civilización*. Fondo de Cultura Económica.

FIFA. (2007). *Estadios de futbol: recomendaciones tecnicas y requisitos*. Retrieved from <http://fifa.to/1CqjjYd>

FIFA. (2011). *Reglamento FIFA de Seguridad en los Estadios*. Retrieved from <http://fifa.to/1wXLl5B>

Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio y población: Curso en el Collège de France: 1977-1978*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Futbol, O. S. al. (n.d.). *Modelos globales de seguridad en el fútbol*. Retrieved from <http://bit.ly/16lSOWJ>

INDRA. (2015). *Seguridad integral para los estadios de fútbol de Hungría*. Retrieved from <http://bit.ly/1uR7imW>

Omaña Avila, J. . (2007). *Fútbol, política y sociedad. El impacto del fútbol en la integración Latinoamericana*. Retrieved from <http://bit.ly/1DxdIfY>

Ortega Olivares, M. (2015). *Fútbol, barras y violencia. Actualidad en el deporte: Investigación y aplicación*. Retrieved from <http://bit.ly/1DoN60r>

Velez, B. (2002). Fútbol y fluidos: ¿escenificación de fluidos y potencias del cuerpo sexuado? *Revista Nova et Vetera*, 47, 5–19.

Citación: Cardona, D. (2015). "El control de la violencia en el fútbol y el restablecimiento del orden en un escenario ficticio de expresión emocional". *Kogoró: Revista de estudiantes de Antropología*, No. 7. Medellín, Universidad de Antioquia, Facultad de ciencias sociales y humanas, Departamento de Antropología, noviembre, pp, 56- 67